

QUITARSE LA VIDA CUANDO ESTA APENAS EMPIEZA

Por: Manuel Jiménez Tejerizo

El 30 de junio en las horas de la noche, el sonido de una sirena de ambulancia irrumpió la tranquilidad en el barrio El Rocío, a diferencia de los últimos días, no sería un paciente de Covid lo que atenderían estos paramédicos, esta vez, la razón fue un adolescente de 12 años que se colgó de su ventana, aparentemente por una discusión con su madre.

Esta es solo una de las caras de la gravedad de un problema; la salud mental de los bumangueses y en general de los colombianos está en declive debido a la pandemia.

Un estudio realizado por Profamilia muestra que el 75 % de las personas reconoció haber tenido alguna afectación en su salud mental durante el aislamiento obligatorio. De estas personas, el 54 % reconoció haberse sentido nerviosa; 52 % cansada sin motivo; 46 % impaciente y 34 % con rabia o ira.

Pero es peor aún para los niños y adolescentes, quienes se encuentran en pleno aprendizaje del manejo de sus emociones, muchos afrontan situaciones de mayor riesgo, puesto que conviven en situaciones de violencia intrafamiliar o expuestos a mayores conductas nocivas, como el consumo de sustancia psicoactivas.

Por esta razón, es momento que afrontemos nuestra realidad y nos adentremos en la complejidad del problema, ir más allá de las estadísticas y empezar a actuar en pro de brindarle apoyo psicosocial a quienes son el futuro de nuestra nación.

Es por eso que esta conversación debe iniciar por cambiar nuestra visión simplista y dominada por reacciones emocionales acerca de la salud mental que solo ayudan a estigmatizar, violentar y hasta excluir a quienes padecen enfermedades de este tipo, especialmente a los menores. Somos corresponsables de crear un ambiente propicio para que todos ellos reciban la atención adecuada. Solo esto nos permitirá un presente lleno de esperanza y compromiso.

Según la complejidad del problema, una persona necesitará nivelación, si el proceso le ha llevado a complicaciones psiquiátricas, posiblemente requerirá un tiempo de rehabilitación; inclusión familiar, social, escolar. Quienes emprenden este proceso no pueden estar solos. Dado su complejidad deben estar acompañados por un equipo interdisciplinario, pero sobre todo por su núcleo fundamental, sus familias que, como corresponsables deben asumir un proceso de cambio y formación familiar para afrontar el reto de salvar una vida.

En cuanto a los menores, también se necesita la revisión urgente del sistema de protección de nuestros niños y adolescentes. La realidad de nuestra infancia y adolescencia es grave desde la crianza, cuya responsabilidad reposa en la familia. Es importante que revisemos las consecuencias de los actos inadecuados desde la legalidad y desde el sistema penal para quienes se les demuestre responsabilidad por llevar a un infante a una situación de riesgo.